

“Entre el hogar y la cárcel: una historia de vida (des)estructurada por las instituciones penitenciarias”

Rafael Godoi
Becario MAEC-AECI del Máster Oficial en Investigación Etnográfica, Teoría Antropológica y Relaciones Interculturales
Departament d'Antropologia i Social
Universitat Autònoma de Barcelona

Introducción

Este artículo forma parte del trabajo de investigación intitolado: “Entre la Calle y la Cárcel: una investigación etnográfica exploratoria sobre el flujo carcelario-urbano que pasa por Barcelona”. En esa investigación intento problematizar las relaciones que las cárceles establecen con otros territorios urbanos en un contexto de “masificación del encarcelamiento” (Garland: 2001). Opté por trabajar con historias de vida de funcionarios de prisión y familiares de presos, y así pude explorar distintas formas por las cuáles la prisión afecta a grupo de personas que nunca han cometido un delito.

A partir del relato autobiográfico de una hija de preso pude entrar en contacto con las complejidades que implican una socialización marcada por las instituciones penales. En la primera parte del artículo discuto cómo los investigadores sociales vienen tratando ese tema, apoyados en la idea de “desestructuración familiar”. En la segunda parte expongo la historia de vida de mi informante, y problematizo los impactos del encarcelamiento en un entorno familiar específico, situado en la corona periférica de la metrópolis Barcelona, entre fines del siglo XX e inicios del XXI.

La hipótesis de la desestructuración familiar:¹

Entre la cárcel y el hogar existe una serie de comunicaciones, que permiten la extensión de los efectos del encarcelamiento hacia personas que nunca delinquieron. Ese problema empieza a ser objeto de estudios científicos. En Barcelona, el *Observatori del Sistema Penal i els Drets Humans* (OSPDH) realizó una investigación pionera en la que expone detalladamente los múltiples efectos del encarcelamiento en el entorno familiar. (OSPDH 2006)

En este estudio, las comunicaciones son un problema central, porque permiten la relación del preso con la realidad externa a la cárcel, y del familiar con la realidad interna a la cárcel. La estructura de las comunicaciones en Catalunya es bastante compleja y variada, existen: 1 – **las comunicaciones orales ordinarias**, que consisten en “*conversar a través de un cristal dos veces por semana durante 20 minutos*” (OSPDH 2006: 24); 2 – **los vis a vis familiares**, que suman 3 horas de contacto corporal vigilado por mes con hijos, madres, padres y cónyuges; 3 – **el vis a vis íntimo**, que permite un contacto corporal no vigilado de una pareja. Para realizar esa modalidad de cita la institución exige que el visitante acumule un determinado número mínimo de comunicaciones orales previas, y también una acreditación formal de relación afectiva estable. Además existen: 4 – **las comunicaciones escritas**, que no son ilimitadas en cantidad, pero lo son en cualidad, porque pasan por un control estricto (aunque no reconocido) de los equipos de seguridad; 5 – **las comunicaciones telefónicas**, que son la realización de (pocas) llamadas desde dentro de la cárcel hacia fuera. Lo contrario, llamadas de fuera a dentro no están permitidas; 6 – **paquetería**, o sea, ingreso de ropas,

¹ La idea de trabajar el tema de la desestructuración familiar como una hipótesis está inspirada en la sugerencia que Foucault hace en “La historia de la sexualidad: la voluntad de saber” (Foucault 1987), cuando habla de “la hipótesis represiva”, y nos enseña a ver en la denuncia de la represión sexual, un mecanismo de justificación y proliferación de discursos sobre la sexualidad, un desarrollo de prácticas y técnicas de control, una subjetivación de nuevos sujetos sociales, una producción de nuevas subjetividades, y un desplazamiento en las relaciones de poder.

comidas y objetos personales que hacen falta al familiar preso. Se trata de un tipo de transacción material y simbólica controlada.

Ese conjunto de eventos ponen la vida del preso y de sus familiares en un solo plan de temporalidad determinado por la institución penitenciaria. Los presos y familiares no tienen el poder de concertar las citas en las fechas y horarios que les irían mejor, todo está determinado por la administración, según criterios ajenos a las necesidades de los directamente interesados. Cada uno de esos eventos implica costes y problemas específicos que afectan la vida de los familiares de presos. Es decir, una serie de problemas económicos, sanitarios, psicológicos y socio-familiares emergen en el entorno familiar una vez que un componente suyo se encuentra encarcelado. Según el OSPDH: *“cuando se encarcela a alguien, se produce un proceso de desestructuración familiar (...) hundimiento y destrucción de la familia, ruptura de las relaciones del hogar, ruptura de las relaciones con los componentes de la familia, o con alguno/a de ellos/as, problemas psíquicos graves, especialmente para la madre, o problemas de salud graves para otros miembros de la familia. A todas estas consecuencias se tiene que añadir, además, el rechazo social.”* (OSPDH 2006: 137-138)

Frente un diagnóstico como ese, el OSPDH hace una doble crítica a las instituciones gubernamentales que gestionan el sistema punitivo: por un lado afirma con contundencia que la cárcel siempre impide el establecimiento de relaciones interpersonales positivas y productivas; por otro lado denuncia una invisibilización forzada del problema de las repercusiones familiares del encarcelamiento y clama por más atención de las instituciones competentes.

Aunque hayan pocas investigaciones en el tema, hay otras, con otros matices, menos críticas, más programáticas. En los Estados Unidos un ejemplo importante es el libro *“Prisoners Once Removed: The Impact of Incarceration and Reentry on Children,*

Families, and Communities” (Travis y Waul 2000), en el que se problematiza los efectos sociales del aumento del encarcelamiento en tres niveles: 1 – en los presos; 2 – en sus familias; y 3 – en sus barrios. Ese estudio tiene como objetivo ofrecer herramientas de trabajo para “*decisionmakers and program designers.*” (Travis y Waul 2000: 190)

La manera cómo el encarcelamiento afecta el bienestar y el desarrollo de un niño ocupa en ese estudio una posición central. Los estudiosos denuncian el problema de la existencia de una población de 2.3 millones de niños afectados por el encarcelamiento de uno de sus padres en el año 2000, en los Estados Unidos. Sin embargo, casi de una manera imperceptible, la idea de bienestar y desarrollo del niño se mezcla con la idea de “*children’s adjustment*” (Travis y Waul 2000: 197), o sea, cuando hablan de los problemas implicados por el encarcelamiento de un padre, hablan del proceso de desarrollo de disturbios de comportamiento en los niños. Hablan de rupturas y traumas, de desestructuración familiar, como los atributos genéticos de conductas desviadas, que posiblemente llevarán los niños a ocupar las nuevas y viejas plazas del sistema carcelario. La preocupación de los especialistas es la prevención de la delincuencia, y por eso se dirigen hacia las variables que inciden sobre el proceso de reproducción de los considerados delincuentes.

Se trata de un sofisticado modelo de poder por gestión de riesgos, en el que se define estadísticamente una “población de riesgo”, y se intenta desarrollar programas y prácticas que inciden en las variables que constituyen su “*children’s adjustment*”. Se trata de un raciocinio económico aplicado sobre un problema social, como podemos ver en la afirmación: “*the balance between risks and resources might determine the impact of parental incarceration and reentry on children.*” (Travis y Waul 2000: 199)

Las conclusiones científicas y sus consecuentes propuestas pragmáticas están pensadas a partir de una hipótesis básica, la hipótesis de la ruptura familiar como invariable de efecto absoluto e inmediato. A esa hipótesis se añade las variables de los procesos de comunicación y reunión, que pueden (e deben) ser administrados según criterios de reducción de daños y gestión de riesgos. En esos términos se está planteando la posibilidad de normalización de las conductas de los hijos de presos, con el fin de que no acaben como acabaron sus padres.

La socialización de un niño (de riesgo) no se piensa con referencia a su desarrollo cognitivo, a su capacidad de lectura del mundo, a su bienestar físico y mental, sino a sus predecibles problemas emocionales, psicológicos y conductuales, que se derivan casi naturalmente de una incuestionable ruptura y desestructuración familiar.

Pero en el breve trabajo de campo que realicé en la ciudad de Barcelona, siguiendo las redes sociales de los familiares de personas presas, me encontré con un problema que todavía no fue planteado por las estadísticas gubernamentales, y para el cuál no se ha pensado ningún programa social de asistencia específica. Hablo de una persona concebida en la cárcel, en un vis a vis íntimo, hija de uno de los muchos hombres encarcelados que son visitados por sus parejas. Una persona que nunca pasó por la experiencia normal de la ruptura que resulta del encarcelamiento del padre, por el simple hecho de que cuando su padre fue encarcelado ella todavía no existía. No hablo de los hijos de las mujeres presas, que viven en la cárcel hasta una determinada edad, y que pasan por un proceso distinto de ruptura. Hablo de niños y niñas que nacieron y vivieron siempre en la ciudad, bajo cuidados maternos y familiares, y que pasaron (antes del nacimiento) por la experiencia de visitar a su padre en una cárcel.

Ese hallazgo etnográfico me impone la necesidad de abandonar o suspender, aunque temporalmente, la hipótesis de la ruptura y de la desestructuración familiar,

como aspectos inherentes del proceso de encarcelamiento. Porque: 1 – a ese niño, hijo de padre encarcelado, la ruptura de las condiciones normales de existencia se da cuando su padre sale de la cárcel, no cuando entra; y 2 – su estructura familiar, si existe, no puede ser considerada exactamente como una “desestructura”, porque se construye a partir de la mediación constante y organizada (aunque perversa y arbitraria) de los órganos de la administración penitenciaria, o sea, se trata de una estructura familiar concebida por el Estado, no destruida por el Estado.

Por eso sugiero que hay que cambiar la manera de ver como la cárcel incide en la población en general. Es decir, hay que abandonar el tratamiento meramente estadístico del problema, que oscurece una multiplicidad de situaciones y procesos, bajo unas cifras de desviación más o menos normales. Y por eso, pienso que la descripción etnográfica de la trayectoria de vida de mi informante, hija de hombre preso, puede ayudar en la prospección de cómo la cárcel viene produciendo entornos familiares, más que desestructurándolos.

Aisa:

Aisa² es una hija del encarcelamiento. Fue concebida en el interior de la cárcel de Carabanchel Alto en Madrid, y nació en un hospital de Barcelona, en 1987. Su padre es francés de Toulouse, hijo de argelinos, y se fugó hacia España en el año 1982, porque era un fugitivo de la justicia. En España su padre conoció a su madre, catalana de Terrassa. Iniciaron un noviazgo sin que ella supiera que él estaba en estado de busca y captura. Ella se enteró poco antes que él fuera capturado. Aisa no sabe cómo su padre fue a parar en Carabanchel, pero sabe exactamente dónde y cuándo fue concebida, todavía tiene guardado el papel sellado de la cárcel que autorizaba el vis a vis íntimo que resultó en su nacimiento.

² Nombre ficticio

Su madre tuvo que pasar por una serie de pruebas para comprobar su relación estable con su novio y lograr obtener una autorización para que tuvieran un hijo. Aisa representaba un proyecto difícil de concretizar y fue una hija bastante planeada. El nombre Aisa es el mismo de su abuela paterna, un nombre argelino. Desde la barriga de su madre ya viajaba algunos fines de semana a Madrid, a acercarse de su padre por algunas horas. Fue en las salas de visitas de la cárcel que él pudo acompañar el embarazo, y la gestación de la saludable niña que estaba a camino.

Su padre fue trasladado múltiples veces, pasando por varias cárceles de España, por culpa de un juicio que se iba suspendiendo. La realidad es que él no quería ser juzgado porque sabía que luego sería enviado a Francia para cumplir condena. Entonces se presentaba a las autoridades en pijama, o de cualquier otra manera que hiciera el juicio inviable. A cada juicio postergado le imponían un traslado y le permitían quedar más tiempo en España. En uno de esos traslados, cuando él estaba en Barcelona, la madre y el padre de Aisa aprovecharon para casarse, estando ella embarazada de 2 meses. Cuando Aisa nació, su padre ya estaba otra vez lejos, sin embargo la pareja podía legalmente plantear un cambio de vida. Ahora que su padre tenía familia en España, podía pedir permanencia en una cárcel de Barcelona, donde estaría más cerca de sus familiares de Terrassa y de Toulouse. El traslado fue un éxito, y antes que Aisa caminara su padre ya estaba en la cárcel Modelo, a pocos kilómetros de Terrassa. Pero a la niña le costó adaptarse al cambio. En la Modelo las visitas más ordinarias se hacían en los locutorios, con un cristal puesto entre la familia. Aisa quería acercarse a su padre y no podía, lloraba mucho. La pareja salía desolada de las citas, decidieron dejar de llevar la niña a las visitas ordinarias.

Pero la madre intentaba compensar los bloqueos y traumas impuestos creando nuevas formas de comunicación. Algunas veces bajaba a Barcelona a pasear con sus tres

hijas, las dos del primer matrimonio, que tenían 10 y 8 años, y Aisa en un cochecito. Paseaban por las calles Provença, Entença y Roselló, circundaban la cárcel Modelo, buscando puntos específicos en los que el padre, desde una ventana, podía mirar hacia su niña que no paraba de crecer. También su madre compró un grabador y registraba la voz del padre en el locutorio de cristal a escondidas de los vigilantes. Grababa cintas K7 con mensajes cariñosas a su hija. Lo hacía para que Aisa se familiarizara con la grave voz y el castellano de su padre. Durante muchos meses esa práctica se mantuvo, cuando Aisa empezó a hablar, su madre ya se puso a grabar y enviar mensajes de ella a su padre, primero en catalán, su lengua materna, después en castellano, que Aisa iba aprendiendo con su padre y en la escuela.

Con los años vino inevitablemente el juzgado, la condena y el traslado hacia Francia. En el periodo en que el padre es “deportado” a Francia, cuando Aisa tenía 6 años, su madre busca orientaciones de psicólogos para poder “entrar” mejor el tema del encarcelamiento del padre. La niña empezaba a preguntar por el padre, quería entender lo que pasaba con él, que casi nunca estaba disponible. A la madre angustiada los psicólogos le aconsejaron que no mintiera a la niña, que contestase sus preguntas con objetividad y sinceridad, explicándolo todo lo que la niña preguntara, y no más que eso. Si la niña preguntaba era porque quería, podía y debía saber, si no preguntaba no hacía falta que la madre extendiera el tema.

Durante toda la infancia Aisa vivió en Terrassa, con su madre y sus dos hermanas mayores, en la casa unifamiliar de sus abuelos. Cuando tenía 2 años, su abuelo se murió, y desde entonces ningún otro hombre habitó ese entorno familiar de 5 mujeres. Las casas de la abuela y de la madre son independientes, pero están conectadas por el patio. En esa misma calle de Terrassa la abuela y el abuelo vivieron y se conocieron, eran vecinos y se enamoraron. Y en esa misma casa también crecieron su

madre y su tía, que ahora también tiene 3 hijos, dos del primer matrimonio y uno del último, igual que su madre. En una típica comida de domingo se reunía una extensa familia: la abuela; la hermana de la abuela, con su hijo, su mujer y sus nietas, que eran considerados como tíos y primas de Aisa; la madre y la tía, las dos hermanas, y los tres primos. Total que eran 12 personas alrededor de la pequeña Aisa en una tarde de domingo.

Su abuela y su madre compartían las responsabilidades de educación y cuidados de Aisa. La madre trabajaba como monitora de comedor en escuelas, también hacía canguros, era quien entraba dinero en casa. La abuela le daba de comer, le llevaba y le buscaba de la escuela, natación, teatro. Una cumplía las funciones tradicionales de la figura del padre, y la otra hacía de madre. Una superposición generacional permitió a Aisa tener una infancia completamente asistida, experimentando una vida en un núcleo familiar bastante cohesionado.

Por parte de padre, Aisa tiene un hermano mayor, dos tías y una abuela, que viven en un barrio de bloques en la periferia de Toulouse. Con ellos tuvo más contacto a partir del momento que su padre fue trasladado para Francia, para ser otra vez juzgado y cumplir condena en su país de origen. Durante esa época, Aisa y su madre se quedaban en la casa de la abuela a los fines de semana, cuando subían a visitar el padre preso en Francia. La abuela ya era viuda, cuando se casó, con 19 años, su marido ya tenía 50. En Argelia se decía que una mujer de 19 años ya no tenía edad para casar, que era demasiado vieja, a quién solo un viejo podría aspirar. Se cuenta que a cambio de una vaca, el abuelo se hizo cargo de la abuela, y vino con ella a Francia, a inicios de los años 1960. La abuela vino contenta por conocer otro mundo, donde ya no hacía falta que se sintiera vieja. En Francia, nacieron sus 4 hijos, 2 chicos y 2 chicas. El chico mayor se

murió en un accidente de coche, en que el padre de Aisa, con 17 años, se quedó herido, pasó 3 meses en coma y luego en una silla de ruedas.

Cuando el padre de Aisa estaba preso en Toulouse, la relación de Aisa y su madre con la familia del padre se desarrollaba bien. Cada 3 semanas Aisa y su madre subían a Francia, a visitar a su padre, y se quedaban en la casa de la abuela. Por unos años, Aisa pudo crecer en ese ambiente de la periferia urbana francesa, donde iba aprendiendo otra lengua. En verano y en Navidad, Aisa y su madre se quedaban temporadas más largas en Francia, la madre aprovechaba para visitar el padre más a menudo, y Aisa para hacer actividades y talleres variados.

Después de pocos años, el padre de Aisa es trasladado para otra cárcel del sur de Francia, y los vínculos con la familia de Toulouse se debilitan. La madre seguía subiendo y bajando de Francia, con Aisa cada 3 semanas, pero ya no podían quedarse en la casa de un pariente. Las dos entonces se quedaban en una casa de monjas, que acogían los familiares de presos extranjeros, sin condiciones financieras. En un verano de esa época, la madre tuvo la idea de juntarse con otra familia en las mismas condiciones, para viabilizar una temporada de mayor proximidad con el marido. Las dos alquilaron un bungalow y acamparon con sus hijos cerca de la cárcel. Para Aisa esas vacaciones de verano fueron geniales:

“Y un verano fue muy guay porque nos juntamos con otra familia, bueno con una señora que tenía también dos hijos, también tenía el marido en la cárcel, y en ese verano decidieron entre ella y mi madre a alquilar un bungalow en un camping, cerca de la cárcel. Y como mi madre tenía coche íbamos todos juntos a visitar nuestros padres y volvíamos al bungalow, hacían un plan vacaciones, estábamos en un camping, con otros niños. Era más normal, como si dijéramos. No sé, yo me acuerdo muy bien de eso de vacaciones, lo pasé súper bien.”

Visitar tan a menudo una cárcel en Francia, por un lado posibilitó a Aisa a aprender francés, a disfrutar talleres y vacaciones, y a mantener una relación afectiva bastante positiva con su padre; por otro lado, le impedía mantener relaciones sociales de fines de semana (o veranos) con sus amigos de Terrassa. No podía practicar natación o hacer teatro todos los sábados, no podía ir a casi ningún cumpleaños, a ninguna actividad del “Esplai” local, a ninguna de las actividades que representaban una continuidad de su cotidiano semanal. En verano y a los fines de semana, Aisa se socializaba en un ambiente completamente distinto, con otros niños, en otro país. Tenía una especie de doble vida, de identidad secreta. Sus amigos de Terrassa no sabían que su padre estaba encarcelado. Para evitar el rechazo social, la madre omitía el hecho, y enseñó a Aisa a omitirlo también. Aisa siempre decía que su padre trabajaba en Francia, y que tenía muchos problemas para bajar a España, sus amigos jamás lo dudaron.

Pero sus amigos de Francia todos lo sabían, ahí no hacía falta que Aisa mintiera, ellos también tenían sus padres encarcelados. La doble experiencia de socialización no es relatada por ella como negativa, Aisa lo pasaba bien, estaba habituada, también quería a sus amigos de Francia, y sentía que allí aprendía cosas importantes sobre la vida. Sobre los recuerdos más lejanos de esa época, Aisa relata:

“(…) ahí hacía gracia porque ahí aprendía palabras. Aprendí... sabes, que yo recuerdo toda la vida que yo siempre llamaba los... no llamaba vis a vis a las visitas a la cárcel, nunca puse un nombre y se llama parloir, parloir, se escribe “parloir”, que significa hablar. Me acuerdo de un sevillano, porque también había españoles en Francia, no éramos las únicas, aparte de un montón de franceses también había familias españolas que les había tocado ir a Francia, que tenían los presos ahí, por cualquier motivo, por cualquier historia, pero tenían que ir ahí. Y conocí al Benito, que era el chaval sevillano, me llevaba un par de años o tres, y estaba más espabilado que yo con esas cosas y me enseñaba palabras y me contaba cosas que todavía yo no sabía de las cárceles... y no sé... (...) tú ves la cárcel por la tele, ¿no?, y yo en esa época era

muy inocente, con 6 años veía a una serie que se llamaba “Bonanza” que era una serie del oeste y cuando encerraban alguien en la cárcel, no era una cárcel, como si dijéramos, el cuartel, ¿no?, los tenían ahí con rejas, con camas de madera en las paredes, con las cadenas, y a pan y agua, y con el traje rayado. Y claro, yo también tenía miedo de preguntarle directamente a mi padre si ahí dentro estaban así. Y claro, cuando yo entraba en las cárceles las rejas, sí que las veía, no veía las celdas pero todos los pasillos que tú tienes que pasar hasta llegar a la habitación de las visitas pues se veían rejas, detectores de metales y todo eso. Yo preguntaba al chico este: “¿Están a pan y agua solo?” “No, no sé qué...” Y el chico se lo contó a mi madre... Que fijate lo que yo pensaba... como en las películas... Y mi padre hizo fotos a escondidas de la celda para enseñarme que tenía tele, que tenía unas literas, un armario pequeñito, un sitio para asearse, que bueno, que era una habitación pequeña pero una habitación normal y corriente. Que sí que había rejas, lógicamente, pero no una pared entera de rejas, en el caso de esa prisión que estaba en ese momento, no todas son iguales, lógicamente. Pues ahí tenía una puerta, no una pared de rejas que ves a los presos del pasillo de delante, no, es una puerta en la que hay una ventana pequeñita así y ya está. La ventana que da al patio, que da afuera claro que tiene rejas, lógicamente, pero bueno, como las que puede tener las de una casa. Por ejemplo, hay casas que también tienen rejas. Que no era tan dramático como me lo imaginaba yo, en las películas. Y a ver, con esa gente yo aprendí bastante con los niños, yo notaba, cambia mucho los niños que yo conocí en Francia de los de aquí. Era distinto, estaban más espabilados, a ver, no eran más listos de conocer conceptos y cosas de estudio, a ver, eran más listos de la vida. Estaban más espabilados, yo qué sé, a ver, desde pequeños, porque a un niño no les revisan tanto cuando entra, los que entrábamos todas las cosas en las cárceles éramos los niños. (...)Entrábamos ropa básicamente, y comida.”

En su socialización más temprana Aisa aprende que las concepciones de mundo que le transmitían la televisión no eran totalmente fiables, que la realidad de la cárcel no era lo que veían en la serie televisiva. Junto con otros niños, aprendía que la vida de un encarcelado puede ser normal y bastante parecida (y conectada) con la de fuera. Que si uno vivía rodeado de rejas dentro, otros vivían fuera. Que si los presos eran cacheados dentro para ver a sus familiares, los familiares tenían que pasar por otros cacheos y

sistemas de seguridad, por otros procedimientos, otras rejas y puertas. Aprendía también que esa vigilancia no existe necesariamente para proveer la seguridad de los que están dentro o fuera, que la vigilancia puede ser exagerada y arbitraria, perjudicial al bienestar de una familia. Al entrar cosas básicas como ropa y comida en la cárcel aprendía que esa vigilancia puede y debe ser cuidadosamente violada en determinadas situaciones.

Entrando y sacando cosas de la cárcel era una manera de que Aisa se relacionase con su padre. Ropas, comidas, cartas, mensajes, fotos, regalos, cada objeto que entraba o salía prolongaba para los dos el insuficiente tiempo de contacto entre ellos. Y así iban construyendo todo un universo familiar, un hogar simbólico de cosas y experiencias compartidas. Por ejemplo, en una época en que su padre trabajaba en un taller que producía piezas de avión, con las sobras de metal y en su tiempo libre, a Aisa le fue produciendo una casita de muñecas. La madre compró una casita vieja y la reformó, el padre iba construyendo los muebles y los regalaba a Aisa en determinados días de visita, cuando podía “contar con la vista gorda” en el cacheo de un carcelero de buen corazón. A ese tipo de estructuración simbólica de un hogar, se añade otras tantas experiencias que hicieron con que Aisa pasase los tiempos de cárcel no solo sin traumas, sino muy bien. Sobre ese tema Aisa nos da otro ejemplo y reflexiona sobre la positividad de su socialización en el entorno carcelario:

“Y sí, yo he celebrado hasta cumpleaños en la cárcel, en las visitas, en la espalda me sacó un pastel, un pastel entero en la espalda, aquí detrás, y lo sacamos de ahí, pusimos las velas y soplé todas las velas, para celebrarlo. Y es esto, yo admiro mucho a mi madre porque dentro de lo que cabe me ha hecho vivir el periodo de cárcel, a ver, no como algo normal, porque no lo es, lógicamente, porque tampoco es un hecho que esté bien... pero, tampoco como un trauma, a ver, tampoco es nada mal, tú no has hecho nada, como persona. Tu padre ha hecho sus delitos, está encerrado, pero tú tienes tu vida, tienes ahí tu padre y no porque él esté en la cárcel tú tienes que sentirte mal.”

Y de verdad que Aisa no se sentía mal en esos tiempos de la primera infancia, tenía una vida normal y feliz, llena de actividades y descubrimientos, construida en los intersticios de la vigilancia carcelaria. Cuando su padre empieza a salir de permiso, ella y su madre le iban a buscar en la cárcel, donde siempre hacían una buena recibida, con globos, dibujos, mensajes de bienvenida. Salían juntos, tomaban algo, disfrutaban la libertad que se acercaba.

Aisa ya pasaba de los 10 años, era a finales de los años 1990. En esa fase de su vida, había la posibilidad de ver a su padre fuera de la cárcel. Primero en permisos de un solo día y más adelante, de varios días. Aunque su padre no podía abandonar el país, sus permisos hacían del largo viaje hacia Francia más importante y recompensable. Según se iba ablandando la pena del padre, también se iba reduciendo los viajes de Aisa. Poco a poco, Aisa se convirtió en una niña menos manejable, ya demostraba pereza para los viajes, ya estaba bastante involucrada con el teatro, tenía actuaciones y una amplia red de amigos, muchas veces era invitada a pasar fines de semana en casas de familias de sus amigas en las afueras de Barcelona, y tenía muchas ganas de ir. La madre seguía viajando dos fines de semana al mes, con o sin Aisa, que se quedaba en Terrassa con la abuela. El padre, aunque se enfadara un poco, comprendía el hecho, sabía todo lo que pasaba con la niña, y conocía con detalle cada actividad que la impedía de ir a visitarlo.

En 1999, cuando Aisa ya había cumplido 12 años, su padre fue liberado. Ese fue un año de transiciones importantes en su vida. Terminaba los estudios en la escuela e iba cambiar a un instituto, lo que representaba que dejaría de ser la niña más grande del “cole” para convertirse en una de las más pequeñas. En el verano, Aisa pudo finalmente disfrutar de un viaje de vacaciones con su madre y su padre. La presencia libre de su padre le hizo bien, salían juntos, y mientras su padre iba redescubriendo el mundo, iba enseñándolo a Aisa de una manera especial. Pocos meses después de que su padre

saliera de la cárcel, compraron una casa de veraneo en una playa de la Costa Brava, donde la familia pudo disfrutar integralmente del primer y único verano de todos juntos. Después de liberado el padre de Aisa pasaba largas temporadas fuera, y nunca llegó a convivir con su mujer y su hija. En poco tiempo empezaron a emerger historias y más historias que alejaban Aisa de su padre más que nunca. Él tenía otras mujeres en su vida, también tenía muchos amigos, negocios en Francia y en la Costa Brava. Nunca paraba, desaparecía y aparecía, estaba otra vez (¿o todavía?) metido en el mundo de la delincuencia. Aisa intenta explicarnos la situación:

“(...) es que no sé, cuando salió fue un rollo muy raro. No vivió con nosotras en ningún momento. O sea, continua haciendo sus historias (...) siguió metiéndose en follones, o sea, luego vuelve a entrar más tarde en la cárcel. Por eso, es que es un periodo raro, que ha quedado en mi cabeza como... no como borrado, pero... Al no tenerlo en casa, yo lo vi más... yo tuve mucho más relación con mi padre yendo a visitarle en la cárcel, que en el momento en que salió fuera. Cuando salió siempre estaba haciendo cosas, siempre estaba de un lado a otro, siempre había problemas, siempre había amigos, eran mil historias... A ver, yo soy de la opinión de que hay muy poca gente que salga de la cárcel y se reinserte en la sociedad, a ver, ahí tiene el doble de amigos y de contactos de los que tenía cuando entró, creo yo. Que vaya, y que joder... si haciendo una cosa te puedes sacar el sueldo de todo un mes, en un par de días de curro, ¿para qué vas a trabajar 8 horas cada día? ¿No? Yo los veo así, no todos, lógicamente, no todo el mundo es así, ni todos los casos que salen de la cárcel... Hay gente que sí, que luego es capaz de llevar una vida común... Hay gente que no...”

Una relación paterno-filial generada por 12 años bajo la mediación de las instituciones carcelarias se hundió en el mismo instante en que la intervención estatal se acabó. En el esperado momento de la libertad, cuando la familia podría desarrollarse integralmente, según los modelos familiares establecidos como normales, algo pasó que hizo que la “promesa” no se concretizara. Fuera de la cárcel su padre ya no quiso

desempeñar el papel de padre al que estaba acostumbrado. Poco tiempo después de liberado, su padre volvió a la cárcel por estar metido en un esquema de tráfico de drogas, pero entonces la relación de Aisa con él ya no era la misma, mucha cosa había pasado.

Violencia doméstica, amenazas y peleas marcaron los breves periodos en que la familia compartía el mismo techo. La madre omitía a las otras hijas y a sus parientes lo que estaba pasando, solo podía abrirse y hablar con Aisa, como si ella fuera la única capaz de comprender y ayudar. Pero no había nada que Aisa pudiera hacer, y eso le amargaba profundamente el alma. Hasta ese momento nunca había sentido que su padre le había fallado.

Luego su madre se enteró de que había sido traicionada, que su marido tenía otras mujeres, y cayó en una profunda depresión, que la llevó a buscar ayuda psiquiátrica. Empezó a tomar “tratamiento antidepresivo”. Cuando Aisa se enteró de que una de las otras mujeres de su padre tenía una hija, y que a esta le hacía más caso que a ella, una profunda tristeza le invadió el corazón. La doble vida sentimental que su padre llevaba fue descubierta a causa de su nuevo encarcelamiento. Entre entradas y salidas de la cárcel, la madre y el padre de Aisa sufren una crisis matrimonial que conduce a un periodo oscuro en el que no paran de hacerse daño el uno al otro, mientras Aisa impotente asiste a la mutua destrucción de sus padres. La madre de Aisa se volvía cada vez más depresiva, ya que no podía deshacerse de golpe de una relación que había construido durante tantos años. A partir de aquí empieza un círculo vicioso de discusiones y reconciliaciones que desembocan en pura violencia, llegando a crear el pánico de muerte en la mente de Aisa, que no comprendía como todo había podido degenerar tanto.

En una de sus liberaciones de la cárcel, el padre de Aisa opta por instalarse en Francia, donde pasado pocos meses vuelve a ser encarcelado. Aisa y su madre decidieron ir a visitarlo y él les contó que había rehecho su vida con una nueva mujer (que tiene una hija), es decir, él ya tenía otra familia que le visitara.

Cuando supo que él tenía definitivamente otra familia en Francia, Aisa se preguntó de qué habían valido tantos años de desplazamientos y sacrificios. A partir de ese momento se decidió que nunca más iba a movilizarse para ver a su padre, fuera donde fuera, dentro o fuera de la cárcel.

El siglo XXI empieza para Aisa bastante distinto de cómo termina el siglo pasado. Todo un mundo simbólico se había caído por suelo, el mundo de la infancia feliz, de las promesas de mejora, de las expectativas de normalidad familiar, todo fue arruinado por la dura realidad del mundo “libre”. Su madre se había vuelto una persona distinta, transformada por la cantidad de pastillas que tomaba. Y Aisa empieza a buscarse la vida, se mete de pleno en el mundo del teatro, y empieza a buscar trabajo, intentando tener una vida propia, alejada de las tristes historias de la madre y del padre.

Después de terminar con buenas notas los estudios en el instituto, empezó un bachillerato humanístico. En ese periodo, como ya no se iba a Francia por el verano, pasó a trabajar de monitora de niños en campamentos de vacaciones. El dinero que ganaba en esas ocasiones le servía como ahorro para salir de fiesta durante todo el año. Con aproximadamente 16 años, empezó a trabajar de canguro para su hermana mayor, cuidando de su sobrino. Terminó el bachillerato con muy buenas notas. Todos le decían que ella tenía que seguir estudiando en la universidad, pero ella no lo quería. No se interesaba por ninguna carrera académica y no estaba dispuesta a pasar 4 o 5 años estudiándola. Decidió estudiar fotografía y encontró un buen centro de formación público en Tarragona, porque el curso de fotografía de Terrassa era privado y bastante

caro. Eso era también una manera que Aisa encontraba para salir de su entorno familiar, era cada vez más difícil convivir con la depresión de la madre, con las conversaciones e historias que inevitablemente evocaban un pasado reciente y dolorido. Pero su madre no estaba de acuerdo con el hecho de que Aisa saliera de casa a los 18 años para estudiar en Tarragona, porque no tendría los recursos para sostener la hija allá, y si Aisa tuviera que trabajar para vivir, seguramente que no podría estudiar tanto como estaba acostumbrada. La salida la encontró su madre, que descubrió un curso de fotografía en un centro de formación público en Hospitalet de Llobregat, donde ella podría pagar la matrícula y Aisa podría ir y volver cada día de Terrassa.

El año en que Aisa empezó a estudiar fotografía también fue un año importante de su vida. Entre 2005 y 2006, ella dejó el grupo de teatro en el que estuvo prácticamente toda la vida, empezó a trabajar como monitora de patinaje y directora de teatro para una empresa que prestaba servicios organizando actividades extraescolares para escuelas públicas en Terrassa, y además los fines de semana empezó a trabajar de camarera en un bar. Con el tiempo se dio cuenta de que la fotografía es un arte caro, y que tendría que invertir mucho dinero en equipo y material para poder hacer trabajos de calidad. Con poco tiempo de experiencia como directora de teatro de niños, ya fue invitada a trabajar en otra escuela, con otra empresa, cobrando un sueldo bastante mejor. Aisa avanzaba en su vida profesional y afectiva. Tenía un novio que estaba independizándose, y empezaron a plantear la posibilidad de vivir juntos compartiendo un piso.

En 2007 su novio se muda a Barcelona, a vivir solo en un piso en la Zona Universitaria, y pasa a hacer presión para que Aisa le siguiera. Bajo esa presión, Aisa tuvo su primera oportunidad de trabajo en el mundo fotográfico, y se fue a Albacete como asistente de un fotógrafo japonés. Mientras trabajaba cargando equipos bastante

pesados sufrió un accidente en el que se le rompen los ligamientos del pie derecho. En muletas, teniendo que hacer el proyecto final del curso de fotografía, Aisa deja sus trabajos en Terrassa, y se muda a Barcelona contra la voluntad de su madre.

Su relación afectiva con el novio bajo el mismo techo nunca llegó a ser totalmente positiva. Nada más llegar en muletas, y bastante triste (por las peleas con la madre que el cambio de vida implicaba) su novio le dice que no iba encargarse de ella, que ella tenía que buscar trabajo si quería seguir viviendo con él. Su parte del primer mes de alquiler Aisa pagó con los ahorros que tenía. Pero, la posibilidad de empleo llegó antes de que ella se deshiciera de las muletas. Unos amigos suyos de Terrassa, que la conocían desde pequeña, tenían una hija que era encargada de una empresa de transporte. Una tarde, caminando por las calles de Terrassa, su abuela comenta con ellos que Aisa estaba en Barcelona buscando empleo. Los dos hablan con su hija, que llama a Aisa para decirle que en Alsa estaban buscando taquilleras. Alsa es una grande empresa de transporte terrestre, cuyos autobuses viajan por toda Europa. Aisa se presentó a la oficina en la estación Nord, pasó por una entrevista, y fue designada para ocupar una plaza en la taquilla de la estación de Sants.

Le ofrecían un contrato de 6 meses, renovable por 6 meses más, un sueldo de mileurista por 40 horas semanales de trabajo, y exigían disponibilidad los fines de semana. Aisa acepta, y decide no hacer el proyecto final de su curso de fotografía, eran demasiados los cambios para que siguiera estudiando como estaba acostumbrada.

Pero los cambios se iban acelerando, después de 7 meses de relación conflictiva con su novio, el noviazgo se acaba y su novio la echa del piso que él había alquilado. Pasa 14 días entre casas de amigos en Barcelona y Terrassa, no quería volver a casa, su hermana mayor estaba también separándose y se iba a vivir con el hijo en la casa de su madre. No había atmosfera ni habitación para que volviera, y Aisa se pone a buscar

pisos en internet para compartir con gente desconocida. Visita una serie de pisos, hasta que encuentra un ático compartido entre 6 personas jóvenes, estudiantes y trabajadores extranjeros. La habitación tenía terraza, la gente era fumadora, el piso estaba cerca del trabajo, todo encajaba en los criterios que Aisa había determinado. Para entrar y empezar una nueva vida, soltera e independiente, tendría que pagar dos meses de alquiler como fianza y la habitación era suya.

Precisamente dos meses después de estar viviendo ahí, cuando ya estaba disfrutando de nuevas amistades, cuando ya se sentía más estable, el mundo que iba construyendo se fue otra vez al suelo. El dueño del piso decide no renovar el contrato que se caducaba, echar a los 6 moradores del piso y quedarse con toda la fianza. Aisa una vez más recurre a un *site*³ para buscar pisos desesperadamente, hasta que encuentra una habitación en un piso para compartir con 3 personas más (no fumadoras). El día de la mudanza empieza con una triste noticia, iba a cumplir un año de servicios prestados en Alsa, y le dijeron que no tenían intención de renovar su contrato. Tenía que empezar a buscar empleo. Una amiga le indica para trabajar en una tienda de utensilios de cocina, en un centro comercial de la avenida Diagonal, y Aisa no se queda ningún día en el paro.

Una vez más Aisa tiene que cambiar de vida. Si su trayectoria está marcada por una infancia bastante positiva, no obstante el encarcelamiento del padre, y su adolescencia está marcada por la ruptura que representó la salida de su padre de la cárcel, su juventud estará marcada por una aguda precariedad, que no más que indirectamente se relaciona con el hecho de su padre haber estado preso. La precariedad laboral y de vivienda que Aisa experimenta en Barcelona no tiene que ver con el hecho de que su padre fue un encarcelado, tiene más que ver con la dinámica de la especulación urbana que actualmente dicta el ritmo del crecimiento económico español,

³ www.loquo.com

y con las nuevas estrategias de movilización de mano de obra que se desarrollan en los límites de lo legal e ilegal.

Conclusiones

La trayectoria de Aisa y su experiencia urbana pueden sugerirnos una serie de cuestiones importantes para la reflexión. En primero lugar, que la ruptura social que el encarcelamiento representa no tiene un único sentido. Si es verdad que muchos niños se ven alejados de su padre cuando él se ve preso, también es verdad que a otros la ruptura se da cuando el padre se va a la calle. Y eso tiene consecuencias, hace falta explorarlas más. Hace falta describir los mecanismos de estructuración familiar que hacen posible ver y experimentar la vida en libertad como peor o más dañina que la vida marcada por la cárcel. ¿Cuál sería esa positividad de la cárcel? ¿Qué habría de negativo en el mundo de la libertad? Para contestar cuestiones como esas hace falta aceptar la hipótesis de que la cárcel produce realmente una cierta sociabilidad familiar, más que desestructura una cierta concepción ideal de familia tradicional y normal.

Una segunda cuestión importante es la amplitud geográfica de las redes familiares que se establecen alrededor y por dentro de las cárceles. El padre de Aisa no era un encarcelado español, no constaba en las estadísticas de España, y Aisa no podría ser encuadrada en una población de riesgo de Catalunya. Estudiaba, hacía deportes, teatro, tenía una infancia normal, como la de muchos niños que tienen a su padre viviendo en otro país. En Francia, su padre no tenía más que un hijo francés, Aisa ahí era como una extranjera, también no se podía encuadrar en los programas y escrutinios estadísticos franceses. Aisa nos enseña que le fue posible vivir bajo una influencia directa de diferentes sistemas punitivos europeos, sin verse encuadrada como un elemento de riesgo social. Y con eso nos enseña que los límites entre los grupos de

riesgo y los normales son bastante confusos y difusos para que sean aceptados sin mayores discusiones.

La tercera cuestión que me gustaría subrayar se refiere al hecho de cómo en nuestro mundo ya es posible plantear el encarcelamiento como un hecho social normal, algo compartido por un gran número de personas, que implica determinados saberes y prácticas que circulan dentro, fuera y entre las cárceles. La vida carcelaria, aunque sea desagradable, cada vez más se enraíza y se mezcla con la vida “en sociedad”. Si antes era posible hablar en dos mundos separados, un carcelario y otro “libre”, ahora se hace cada vez más difícil sostenerlo, ya que grandes parcelas de la sociedad “libre” viven bajo el mismo horizonte temporal y material de las parcelas presas.

La cuarta y última cuestión, con la que cierro este artículo, es la sugerencia que la trayectoria de vida de Aisa nos hace sobre nuestro presente de precariedad. Su experiencia urbana, después que perdió contacto con su padre, está marcada por turbulencias y cambios abruptos en su vida afectiva, profesional y en sus estrategias de residencia. Si tomamos en serio lo que la trayectoria de Aisa nos sugiere, deberíamos preguntarnos ¿cómo la sociedad (y no las cárceles) viene desestructurando familias? Y si seguimos las huellas que Aisa nos da en su relato, seguramente tendríamos que enfrentar con seriedad el problema de la droga, de las pastillas psiquiátricas, de la especulación inmobiliaria, y los nuevos y flexibles mecanismos de reclutamiento de mano de obra.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Garland, David (Org.). (2001). *Mass imprisonment: social causes and consequences*. SAGE, London.

Foucault, Michel. (1987). *Historia de la Sexualidad 1: La Voluntad de Saber*. Siglo XXI de España, Madrid.

OSPDH - Observatori del Sistema Penal i els Drets Humans. *La cárcel en el entorno familiar – Estudio de las repercusiones del encarcelamiento sobre las familias: problemáticas y necesidades*. Barcelona, Ajuntament de Barcelona, Quaderns de Barcelona, 2006.

Travis, Jeremy y WAUL, Michelle (Orgs.) (2000). *Prisoners Once Removed: The Impact of Incarceration and Reentry on Children, Families, and Communities*. Washington DC, Urban Institute Press.

Resumen

El presente artículo discute las relaciones que se establecen entre las vidas “dentro” y “fuera” de la cárcel, y los impactos del encarcelamiento en el entorno familiar. A partir del relato autobiográfico de una chica, hija de preso, son explorados algunos de los sentidos de la “desestructuración familiar” y de la “normalización” de la experiencia carcelaria en la sociedad contemporánea. Articulando análisis teórica y relato etnográfico, el artículo busca aportar algo en la discusión de las consecuencias sociales del encarcelamiento masivo.

Abstract

This article discusses the relations established among lives “inside” and “outside” the jail, and the imprisonment’s impact on the family environment. Using an autobiographical story of a girl, prisoner’s daughter, some senses of the "family’s desestructuration" and "normalization" of the prison experience in the contemporary world are explored. Articulating theoretical analysis and ethnographic description, the article intends to contribute somehow with the discussion of social consequences generated by massive imprisonment.